

Pensamientos para encontrar un compañero de matrimonio

“El que halla esposa halla el bien, y alcanza la benevolencia de Jehová” (Prov. 18:22)

El matrimonio es un paso de incalculable importancia y nunca debe tomarse sin la mayor consideración y la máxima cautela.

Ya hemos visto que los deberes del estado matrimonial son muy serios, también hemos aprendido que del desempeño correcto de estas responsabilidades depende nuestra felicidad en esta vida, y hasta nuestra felicidad o condenación eterna guarda estrecha relación con la elección que hagamos de nuestro cónyuge; entonces, esta decisión requiere mucho análisis, deliberación, oración y consulta.

Es obvio que ninguna otra decisión en nuestra existencia terrena requiere más del ejercicio de un juicio sereno que esta, pero, lo que vemos a diario es lo contrario, por lo general no se le permite al juicio dar consejo, sino que la imaginación y la pasión son las que toman el control. Una gran porción de la miseria y del crimen que actualmente destruye a la sociedad, se deriva de matrimonios mal formados.

Si la mera pasión, y no la prudencia; si la mera codicia, y no el amor, son los que orientan la elección de la pareja, no sería extraño que las consecuencias sean desastrosas.

Cuán a menudo la pasión y la codicia son los únicos consultados. Si el matrimonio fuera un asunto de consecuencias únicas para la pareja, este sería un tema de menor importancia. Pero el bienestar de la familia, no sólo en este mundo, sino para la eternidad, está en juego. No sólo se trata del destino eterno de la pareja, sino de sus descendientes. La felicidad terrena y celestial de las próximas generaciones, dependerá de esta unión.

En el ardor de la pasión, pocos están dispuestos a escuchar el consejo de la prudencia. Quizá no hay consejo más esquivado y echado en saco roto que el que se ofrece en el tema del matrimonio. La mayoría de las personas, sobre todo si ya sienten algún vínculo especial con una persona, aunque todavía no estén comprometidos, seguirá en su búsqueda, cegado por el amor a la indiscreción de su elección. Tratar de razonar con ellos, es prácticamente imposible, ellos desperdician cualquier consejo.

Ellos van a adquirir sabiduría de la única manera por la cual algunos la adquieren: a través de la experiencia dolorosa. Para aquellos que todavía no están cegados, y que aún pueden escuchar consejos, quisiera presentar las siguientes observaciones:

1. Es bueno ser guiado por los consejos de los padres o tutores
2. El matrimonio debe ser formado sobre la base de la unión llena de amor

3. El matrimonio siempre debe ser contraído bajo las estrictas reglas de la prudencia
4. Antes de casarse deben cerciorarse de contar con perspectivas económicas reales para el sostenimiento de la familia
5. El matrimonio debe ser formado por dos personas que profesan la misma fe
6. Nadie debe entrar en el estado matrimonial sin antes haber pedido a Dios la dirección, a través de la sincera oración.

1. Respecto al matrimonio, es bueno ser guiado por los consejos de los padres o tutores. *“El hijo sabio recibe el consejo del padre; más el burlador no escucha las reprensiones”* (Prov. 13:1). Los padres no deben escoger por ti, pero tú tampoco debes escoger sin consultar con tus padres. ¿Están investidos los padres con una autoridad tal que les permita prohibir determinantemente que un hijo se case con alguna persona elegida? Este es un asunto de casuística y no es fácil de determinar.

Si eres mayor de edad y eres capaz de proveer para ti mismo y para tu futura esposa, o, si eres mujer mayor de edad, y el hombre elegido tiene la capacidad para sostenerte; entonces, tal vez, esto determinará si tus padres sólo deben darte consejo o puedan tratar de persuadirte, más no imponer una decisión.

Vemos en la Biblia el caso de Isaac y Rebeca. Abraham dio órdenes a su siervo para que buscara una esposa creyente para su hijo. A pesar de esto, y aunque Dios prosperó el camino del siervo guiándole a Rebeca, a través de pruebas reales, y aunque los padres de Rebeca fueron convencidos por el testimonio del siervo, aprobando ellos que su hija le fuera entregada a Isaac, dejaron que la decisión final fuera tomada por la joven: *“Y llamaron a Rebeca, y le dijeron: ¿irás tú con este varón? Y ella respondió: Si, iré* (Gén. 24:58).

Pero los padres tienen total autoridad para prohibir y determinar este asunto sobre sus hijos menores de edad. Es un acto de desobediencia para este hijo entrar en el matrimonio sin el conocimiento de los padres o en contra de su prohibición.

Las objeciones de los padres siempre deben fundarse en la razón y no en el capricho, el orgullo o la codicia. Porque en el caso donde los padres aprueben o no aprueben una relación, guiados por la codicia, el capricho o el orgullo; y el hijo es mayor de edad y él está siendo guiado por la piedad, la prudencia y el afecto, entonces, puede, y debe ser libre de decidir por sí mismo.

Sin embargo, cuando las objeciones de los padres se basan en motivaciones sanas, y muestran con claras razones el motivo de su prohibición, los hijos, así sean mayores de edad, no deben echar en saco roto estos consejos.

Rebelarse o entrar en oposición a las objeciones razonables de un padre o una madre discreta, rara vez terminan en un final feliz para el desobediente. La copa amarga de un matrimonio infeliz, se torna más amarga, al recordar los sabios consejos y prudentes prohibiciones que les hicieron sus padres. *“Oye, hijo mío, la instrucción de tu padre, y no desprecies la dirección de tu madre; porque adorno de gracia serán a tu cabeza, y collares a tu cuello”* (Prov. 1:8-9). *“Oíd, hijos, la enseñanza de un padre, y estad atentos, para que conozcáis cordura... Retén el consejo, no lo dejes; guárdalo porque eso es tu vida”* (Prov. 4:1, 13). *“Ahora pues, hijos, oídme, y no os apartéis de las razones de mi boca... y gimas al final, cuando se consuma tu carne y tu cuerpo, y digas: ¡Cómo aborrecí el consejo, y mi corazón menospreció la reprensión, no oí la voz de los que me instruían, y a los que me enseñaban no incliné mi oído!”* (Prov. 5:7, 12-13).

Cuántas miserias de este tipo estamos viendo por todas partes. Cuánta gente joven se libraría de muchos desastres y dolores si vieran estos ejemplos de personas miserables que actuaron con locura a la hora de escoger pareja siendo imprudentes y desechando el consejo, la amonestación y la prohibición de sus padres. Muy raras veces se ven las inmediatas consecuencias adversas sobre la desobediencia, como es el caso de irse en contra del sabio consejo de padres amorosos respecto a la pareja que se debe escoger. Parece que Dios se levantara en juicio para apoyar la autoridad de los padres, al confirmar su descontento con los hijos rebeldes. *“Por cuanto aborrecieron la sabiduría, y no escogieron el temor de Jehová, ni quisieron mi consejo, y menospreciaron toda reprensión mía, comerán del fruto de su camino, y serán hastiados de sus propios consejos”* (Prov. 1:29-31).

2. El matrimonio debe ser formado sobre la base de la unión llena de amor.

“Y la trajo Isaac a la tienda de su madre Sara, y tomó a Rebeca por mujer, y la amó” (Gén. 24:67). Si no hay amor antes del matrimonio, tampoco se debe esperar conseguirlo después de casados. Los novios, que aspiran casarse, sin amor, no tienen derecho a esperar la felicidad en su matrimonio. La frialdad de los novios, se transformará en aversión cuando estén casados.

Tiene que haber unión y amor. Si hay algo, incluso en lo externo, que te causa disgusto y desagrado en el otro, la voz de la naturaleza te está diciendo que ese no es el mejor camino a seguir. No estoy diciendo que el amor se relacione con la belleza física o la elegancia del

otro, de ninguna manera. Una unión pura y fuerte, a menudo existe, en la ausencia de estos elementos.

No es absolutamente imposible amar la deformidad, pero no debemos unirnos con alguien a quien no podemos amar; al menos que la fascinación por las cualidades mentales sea tan grande, que permita amar estas virtudes de tal manera que los aspectos físicos quedan ostensiblemente opacados. Contraer matrimonio cuando hay aversión y desagrado es irracional y muy dañino. (El Cantar de los cantares es un ejemplo de la atracción y el amor que debe invadir el corazón de cada uno de los cónyuges).

Pero el amor debe interesarse tanto en el cuerpo como en la mente. Unirse a una persona, simplemente por su belleza física es lo mismo que enamorarse de una muñeca, un maniquí, una foto o una estatua. Tal unión está basada en la lujuria, más no en un afecto racional. Si amamos el cuerpo, pero no la mente, el corazón y los modales; nuestra relación se fundamentó en lo menos importante de la otra persona, pues, en unos años, él o ella serán diferentes a lo que ahora son; su belleza se habrá deteriorado, ya sea por una enfermedad, un accidente o el paso inexorable de los años.

Nada se desvanece tan rápido como la belleza. Es como la delicada y atractiva flor de una fruta. Si debajo de ella no hay fruta alguna, la misma mano que la arrancó la arrojará a la basura. Es tan común observar esto que suena a un proverbio, que la belleza de la mente crece con el conocimiento, mientras que la belleza exterior se va disminuyendo. Mientras la belleza de la mente nos reconcilia y enamora a pesar de tener un rostro plano, el desagrado crece por la insipidez, ignorancia y crueldad de aquel o aquella que son como la flor del desierto, muy llamativas, pero sin perfume alguno.

En vez de determinar poner en juego nuestra felicidad al querer tomar en nuestro seno estas vistosas flores, preguntémonos primero cómo se verán dentro de unos años, ¿adornarán y bendecirán nuestra habitación?

Antes de tomar una decisión pensemos en lo siguiente: ¿La mente unida con el cuerpo, hacen de él o ella una persona apta para que sea mi compañero y el instructor de mis hijos? ¿Soportará mis debilidades y será una persona apta para ayudarme a crecer en todos los sentidos? ¿Las costumbres de esa persona me agradarán, tanto en privado como en público? ¿Sus hábitos harán la morada agradable, tanto para mí como para las personas que están cerca? Tenemos que tratar estos asuntos y contener nuestras pasiones. Debemos tomar consejo con nuestro juicio, y tomar tiempo para dialogar con nuestra propia mente en el fresco de la noche.

Este es el amor sobre el cual se debe contraer matrimonio: El amor a la persona como un todo, el amor a la mente, al corazón y a las costumbres, así como a la forma externa y al

rostro; un amor templado con el respeto. Este es el único amor que puede sobrevivir a los cambios que trae el tiempo, a las enfermedades, la pobreza y cualquier otra dificultad. Esta clase de amor hará que el estado matrimonial sea tierno, exquisito y sensible. Este amor permitirá que aún en la vejez continúen disfrutando el uno del otro, siendo ayuda el uno para el otro, y preservando tan dichoso estado hasta que la muerte los separe. *“Sea bendito tu manantial, y alégrate con la mujer de tu juventud, como cierva amada y graciosa gacela. Sus caricias te satisfagan en todo tiempo, y en su amor recreáte siempre”* (Prov. 5:18-19).

¿Con cuánta energía, entonces, debemos denunciar con indignación y reprobación esos pactos vergonzosos y tan comunes, en los cuales el matrimonio se convierte en un asunto de dinero, en una empresa comercial, o en un asunto de negocios? Los jóvenes deberían ser muy cuidadosos para no dejarse persuadir por los demás, ni ser impulsados a casarse por codicia, ni por ambición de esplendor, ni por gloria mundana; tampoco deben apresurarse a buscar pareja porque sienten que “el tren les pitó”; nunca deben entrar en el estado matrimonial si no se sienten atraídos por el puro y virtuoso amor.

¿Qué vas a hacer en una casa grande, llena de muebles lujosos, equipada con lo mejor y más costoso del banal mercado mundial, si hay ausencia del verdadero amor conyugal? ¿”Es por estas chucherías, es por estos juguetes”, - exclama el corazón miserable de quien despierta demasiado tarde cuando la tristeza del dolor interno le invade – es por esto que he intercambiado mi felicidad y mi honor? *“Mejor es un bocado seco, y en paz, que casa de contienda llena de provisiones”* (Prov. 17:1).

Cuando el matrimonio se basa en el verdadero amor, hay una dulzura, un encanto, un poder para complacerse el uno al otro en el afecto puro y mutuo, aunque se habite en la más humilde morada, en medio de las más difíciles circunstancias y las luchas frente a grandes adversidades. Comparado con esto, la elegancia y el esplendor de la grandeza mundana, son como el brillo de un palacio oriental frente a la exuberante e indescriptible belleza del Jardín del Edén.

3. El matrimonio siempre debe ser contraído bajo las estrictas reglas de la prudencia.

Matrimonios imprudentes, como hemos señalado, sufren horribles consecuencias, no sólo para ellos, sino para su posteridad. El entendimiento nos ha sido dado para controlar las pasiones y la imaginación.

Cuando una persona deja de escuchar la voz de su entendimiento, y se guía más por la pasión y la imaginación, ha perdido el carácter de un ser racional, y se ha rebajado al nivel de esas criaturas que se rigen totalmente por el apetito desenfrenado.

La prudencia basada en la Palabra de Dios puede prevenir, si a ella se le permitiera guiar la conducta de la humanidad, una gran parte de la miseria humana. *“Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia”* (Prov. 3:5). *“Atended el consejo, y sed sabios, y no lo menospreciéis”* (Prov. 8:33). *“El camino del necio es derecho en su opinión; más al que obedece al consejo es sabio”* (Prov. 12:15).

4. Antes de casarse deben cerciorarse de contar con perspectivas económicas reales para el sostén de la nueva familia.

“Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla” (Luc. 14:28). A veces, muchos jóvenes se aventuran a entrar al estado matrimonial y a asumir el papel de jefes de familia antes de que tengan una real esperanza de obtener recursos para el sostenimiento de ellos. Algunos hombres jóvenes, al llegar a la edad de la madurez, sin tener un empleo o confiados en lo que pueda producirle una empresa que todavía no comienzan, miran a su alrededor buscando una esposa, y de una manera apresurada y poco juiciosa hacen su selección.

Una familia necesita recursos para su sostenimiento, por lo tanto, ningún hombre debe buscar esposa hasta cuando no pueda garantizar que tendrá los recursos suficientes para ello. Los jóvenes deben ejercer su razón y ser previsivos. Si no lo hacen, y deciden asumir los gastos que implica sostener una casa, cuando aún no tienen la fuente de recursos suficientes, deben prepararse para comer las hierbas amargas de los inútiles lamentos.

5. El matrimonio debe ser formado por dos personas que profesan la misma fe. Una persona piadosa no debe casarse con alguien que no es piadoso. Ni siquiera es conveniente que alguien se una a otro en matrimonio sino los dos no forman parte de la misma denominación evangélica. *“¿Andarán dos juntos si no estuvieren de acuerdo?”* (Amós 3:3).

No es para nada recomendable que en la mañana del domingo la pareja se divida, saliendo cada uno a su lugar de culto. La caminata más agradable que una santa pareja puede hacer es caminar juntos a la casa de Dios; pues, los dos podrán aprender en compañía los elevados temas de la redención y las realidades invisibles de la eternidad.

Ahora, todo creyente es libre de casarse con quien quiera, pero será para su propia desgracia si no lo hace en el Señor, por eso dice Pablo: *“... libre es para casarse con quién quiera, con tal que sea en el Señor”* (1 Cor. 7:39). Aunque esto fue dicho para la mujer, también aplica para el varón. Considero que no sólo son consejos, sino mandamientos. Esto debe gobernar nuestra conciencia como cualquier otra ley encontrada en la Palabra de Dios. Casarse en el Señor, es unirse en matrimonio con otra persona que profesa la misma fe, y da evidencias tangibles de su conversión.

En otro pasaje el apóstol nos manda “*No os unáis en yugo desigual con los incrédulos*” (2 Cor. 6:14), aunque aquí el mandato se aplica al matrimonio sólo por inferencia, pues, el contexto del pasaje indica que Pablo está prohibiendo a la iglesia el asociarse o tener cierta clase de compañerismo con los incrédulos; no obstante, sí es incorrecto que los creyentes se asocien con los incrédulos en algunos asuntos de la vida diaria, cuánto menos debemos asociarnos en una relación que tendrá una influencia tan poderosa sobre nuestro carácter, nuestra felicidad, y la misma eternidad.

Si un cristiano decide casarse con una persona que no es evidentemente piadosa, está en oposición flagrante a la Palabra de Dios. ¿Cómo podrá él o ella crecer en santidad con un compañero impío? ¿Cómo podrán educar a los niños en la disciplina y amonestación del Señor?

Los matrimonios con impíos, así parezcan personas muy moralistas, será para perjuicio del creyente, y es causa de excomunión en las iglesias bíblicas.

6. Nadie debe entrar al estado matrimonial sin antes haber pedido la dirección de Dios a través de la sincera oración. Pero la oración, para que sea aceptable al Todopoderoso debe ser sincera, y debe ser presentada con un verdadero deseo de conocer y hacer Su voluntad.

Muchos actúan ante Dios, de la misma forma como lo hacen con sus amigos: primero toman la decisión en su mente, y después, piden alguna dirección. Ellos tienen muchas dudas, al principio muy fuertes, de la conveniencia del paso que piensan dar, pero a través de las constantes oraciones van disipándolas, hasta que ellos mismos han orado con la convicción de que tienen toda la razón en la decisión que han tomado.

Orar por dirección en un asunto que sabemos es contrario a la Palabra de Dios, y en el cual ya hemos tomado la decisión de hacerlo, no es más que hipocresía y rebelión. Si hay razones para pensar que la persona que estás considerando para el matrimonio no es cristiana, no es piadosa, no es lo más conveniente ¿qué necesidad tienes de orar por dirección? Esto sería pedir al Todopoderoso que te permita hacer lo que él ha prohibido hacer.

Aplicaciones:

- Si un hombre creyente debe ejercer la máxima prudencia para casarse, esto se duplica en aquel que aspira al ministerio. Una mala decisión en cuanto a la mujer que se escoge, podrá ser un serio obstáculo para que un hombre ingrese al santo ministerio. Este es un asunto muy delicado e importante. En vuestro caso, las consecuencias de un matrimonio imprudente se hacen sentir en la iglesia del Dios viviente. ¿Cómo podrá usted, como futuro

pastor, mostrar el hermoso orden y la armonía que deben prevalecer en todas las familias cristianas, especialmente en la casa de cada pastor, sin la cooperación inteligente y laboriosa de su esposa? ¿Cómo se puede esperar esto de una persona que no es inteligente o laboriosa? No solamente la tranquilidad, sino el carácter de un ministro, dependen mucho de su esposa, lo cual redundará para bendición o maldición en el pueblo de Dios. Por lo tanto, teniendo en cuenta cuánto daño puede hacer un ministro por su indiscreción, la imprudencia en el matrimonio debe ser elevado al rango de un gran pecado.

- Hermanos varones, ustedes han sido llamados por Dios para buscar esposa, pues, si lo hacen en el Señor, hallarán el bien de Jehová. Es necesario orar mucho por este asunto, pero también, observar a las hermanas de la iglesia, meditar y ser prudentes a la hora de escoger. No se trata de enamorar a las hermanas, para luego verificar si ella es la más apta o no para ser la esposa, sino de orar, conocer y meditar. Una vez te hayas decidido por una, confiado en la dirección de Dios, guiado por los principios de las Sagradas Escrituras, y habiendo tomado consejo de tus padres y de los pastores, entonces busca una forma prudente de hacer saber a ella el interés que tienes en unirme en sagrado matrimonio. No te frustres si la hermana responde con un no, pues, es tu deber seguir buscando, bajo intensa oración y meditación. Siendo que los pastores conocen mejor a todas las ovejas, pide consejo de ellos a la hora de buscar esposa. No te apresures a tomar decisiones inconsultas.

- Hermanas, a ustedes también les corresponde orar mucho por este asunto, también deben conocer los principios bíblicos para determinar quién es un hombre piadoso y apto para ser tu esposo y el padre de tus hijos. Tú no debes salir a buscar el esposo, él vendrá a ti, así como Isaac buscó a Rebeca, a través de un sabio consejero. Espera en el Señor, sirviéndole de todo corazón, y tal vez, un día, estando ocupada en los asuntos diarios del servicio a Cristo, Isaac vendrá a ti y te encontrará en el campo de las labores, dispuesto a proponerte matrimonio.